

xx QUIERO OFRECERTE, MIS MÁS TIERNAS MELODÍAS<sup>14</sup>

Desde el rincón oscuro, 20 Enero de 2011.

Querida princesa:

Siento tu falta, y con tu ausencia, nostalgia. Nada ha sido peor para mí que el enjado que manifestabas conmigo. No te acercas para estar tocarme. Hace días que no te siento frente a mí, en tu tono de princesa, que no me acaricias, que no siento las cosquillas de tu melena suelta. Me has abandonado en un rincón oscuro, como si fuese un trozo inútil. Y mi existencia... ¡Ay, de mi existencia! Ésta no tiene sentido sin ti. Tus caricias, tus toques, me hacían vibrar el cuerpo. Tu suavidad al tocarme con las yemas de los dedos me estremecía, y me hacía despertar sibilante del letargo de rephL. Tus toques me hacían tocar melodías. Aunque también desgarrabas tus rebiras sobre mí, arrebatándome la placidez y la tranquilidad de los atardeceres. Pero yo, por amor, mi amor, lo permitía. Permitía que extrujaran mis entrañas, tanto, tantísimo, que hasta los gorriones que intentaban adormecerse en los árboles del jardín, asustados de los estruendos levantaban el vuelo. Y ¡qué pena! Por Dios, qué pena sentía cuando tus ojos se enturbiaban del llanto y dejabas caer sobre mí, tus lágrimas, como redondeles de lunas llenas de noches hechas añicos. ¡Ay, y también cómo me dolía escuchar tus risotadas histriónicas! Sabía que eran

a causa de algo doloroso que te concierne por dentro y que sólo delante de mí exteriorizabas.

Como ves, me contagiabas de tu estado anímico, como si tú y yo, nosotros, fuéramos dos en uno, con una unión indisoluble, igual que si nadáramos juntos entre los avatares de la vida en una relación simbiótica de rémora y tiburón. Tu jovialidad me contagiaba con notas alegres, pues, tu sonrisa era para mí una enfermedad vírica. Tus penas, sin embargo, ensombrecían antes de que se ocultase el sol algunos de los atardeceres. Me has hecho comprender que, cuando de verdad se quiere, encuentras en la felicidad del otro tu propia felicidad, y, en sus penas, eclipses totales del corazón y del alma.

Todo lo que me has ido dando lo he digerido, lo bueno, lo malo, lo regular, con tal de que estuvieses a mi lado. Pero, ahora, tu distanciamiento no lo puedo soportar. Me faltas, y tu indiferencia, tu abandono, me parte el corazón en mil pedazos. Aunque parezca paradójico, tú, princesa mía, eras la que me traías flores, la que echabas aspirina en el agua del jarrón para alargar su longevidad, la que recogías los pétalos que caían sobre mí al mustiarse, ... Y estos detalles, más propios de un varón hacia su dama, los echo en falta. Cuando te sentabas frente a mí en tu trono de princesa, la oscuridad se aclaraba y los ríos con estraje llegaban en mi imaginación llenos de caudal a los mares.

Te conozco bien, princesa, tanto como Cyrano de Bergerac

compartía a su amada Roxane. Él podía ofrecerte sus cartas, sus poemas, sus deseos, pero por desgracia como si esos sentimientos que fluían de él a borbotones pertenecieran a otra persona. Yo te ofrezco melodías, de sueños y amores de Brahms, de Mozart, de Beethoven, ... que amarían como yo amo. A nosotros nos han unido las mismas vibraciones: tus notas de ira, juveniles, de alegría, de locos arrebatos, ... A veces, tan locos y acelerados que deseabas gritar "piano, piano" - como dicen los italianos - para que tus contactos fueran más suaves. Pero siempre he permitido respetuosamente, que fueres tú, que fueras tú misma, ... porque tú, tú eras la autora de mis sueños. Y ahora, por desgracia, de mi soledad y de mis más terribles desvelos que aguento en silencio en este rincón oscuro.

No puedes imaginar cuánto me agradaban tus osadas y originales improvisaciones, claro está, las divertidas. Porque, a veces, con tus enjados de órdago, en lugar de acertarme con tus yemas de alas de mariposa, me golpeabas casi con violencia, de manera impulsiva, e incluso, recuerdo que alguna vez diste patadas en alguno de mis tres pies descalzos. Los lastimaste y dejé mis huellas de sangre del alma, invisibles como ellas, en el suelo. Pero como te conozco bien, todo lo he perdonado, pues sé que tus impulsos irreflexivos son fruto de tu carácter hypersensible.

Antes de terminar esta carta, quiero hacerte una confesión muy seria, una confesión que me da vergüenza expresarte: No

Soporto baucharte en la habitación de al lado y saber que estás en compañía de "otro", mientras a mí me ignoras por completo. Ese intruso ha bajado mi autohinc hasta las "suelas de mis zapatos". No puedo seguir viviendo con esta celopatía, encerrado en este silencio que me ahoga y abrazando los fantasmas de los buenos recuerdos. Me castigas y me justigas con tu indiferencia de una dureza infernal.

Además quería que me aclarases lo que voy a preguntarte. Por favor, te pido que no seas pírvola y que pienses bien la respuesta antes de decirme nada. ¿Por qué me castigas de esta manera tan cruel si no soy culpable de que te hayan suspendido el sexto curso de piano en la escuela de Música? ¿Acaso crees que lo soy si ese día ni siquiera me baste, si ese día otro otro familiar que dices que estaba desajinado me sustituyó? Para más abundamiento, debes reconocer que ese día estaba hecho un flon y que no supiste marcar los ritmos adecuados. Tuiste Jello, tú misma te diste cuenta, y me lo contaste con mucha rabia nada más salir del examen, pero, ahora, no lo quieres reconocer. ¿O es que no recuerdas el si bemol mayor, el silencio de la corchea, aquel sostenido y el doble puntillo? A mí no puedes mentirme, tom muchísimos años juntos, y tu oído no te engaña jamás.

Por eso te pido que dejes de darme celos con ese

maldito violín que me latadra los oídos y que no me sigas castigando con tu cruel indiferencia. Pácame del rincón oscuro y vuelve a acariciarme, pues, quiero ofrecerte, mi princesa, mis más tiernas melodías.

Nada hay más maravilloso que verte sentada frente a mí en tu trono de princesa y sentir el contacto de tus dedos en mis teclas. Tuyo siempre.

Pseudónimo: TU PIANO.

